

DESDE UTRECHT A CURTINA

“... EL muchacho propone” es el título del primer fonograma que Héctor Numa Moraes graba en el Uruguay, luego de su desexilio. Ya el año pasado, el sello Orfeo había editado dos LD desconocidos en nuestro medio (“Los niños son los que saben” y “Numa”), aunque registrados —e inmediatamente censurados— en los comienzos de los años '70.

Ya realizada la mudanza definitiva desde Utrecht —y retomada su actividad docente en la cada día más acrecida “Casa de la Guitarra”— Numa se prepara para el impostergable reencuentro “en vivo” con su paisanaje, nuevo “disco en mano”, esta vez.

Desde el “Romancero de la yerba mate” (un anónimo riograndense) hasta “Los heraldos negros” (el imponente poema angular de Vallejo que demoró diez años en encontrar la musicalización deseada), este fonograma expone un repertorio enfocado por un Numa capaz de ensancharse, al mismo tiempo, tanto en su real coherencia como en su refinado eclecticismo.

“El muchacho propone” está marcando tu reinserción en el renovado panorama de la música popular uruguaya. ¿En qué medida ha influido este nuevo entorno en tu actual producción?

Creo que la influencia de la reinserción está marcada, en primer lugar, en la temática del disco. Ya no está tan presente esa nostalgia, esa problemática tan especial que te daba el exilio —y que aparecía de una manera o de otra hasta en las canciones más alegres. Ahora, en cambio, hasta en las canciones más tristes hay otra forma de trabajo, otra forma de cantar, incluso. Y además debe recalcarse la importancia del trabajo compartido con los músicos jóvenes. Hace tiempo que yo aspiraba a eso. Porque acá hay un volcán en lo que tiene que ver con la riqueza creativa. Fijate que nosotros somos expresión de un pueblo que nos necesita. Bueno, y eso de decir que el canto popular está muriendo (cosas que a veces se oyen por ahí) es más o menos como decir que el pueblo uruguayo está muriendo. Acá hay gran cantidad de creadores, muchos más que en Holanda, por ejemplo, que es de donde yo vengo. Y no hablo de músicos comerciales, claro, sino de verdaderos creadores.

En este disco participan Larbanois —Carrero, Esteban Klishich, Abel García, el Toto Da Silveira, Yamandú Pérez. Y vamos a seguir trabajando de esa forma, en otros discos y con otra gente. Todo esto influye en el aspecto arreglístico, fundamentalmente porque ya hay cosas que se mezclan con mi trabajo en la guitarra. Yo ya había realizado una experiencia de ese tipo con el holandés Peter Klencke, en el álbum que dedicamos a Nicaragua. Pero fue muy poco. Y otro aspecto fundamental a resaltar es el reencuentro con Bocha Benavides, ¿no? La vuelta a la canción riograndense, por ejemplo.

Hace pocos días que regresaste de una breve incursión musical en territorio riograndense. ¿Cómo anduvo eso?

Fue una experiencia muy linda. Fuimos a Gramado, cerca de Porto Alegre, a entonarnos con un gran

compañero, Sebastiao Fonseca De Oliveira, poeta y decidor gaúcho. El es un gran amigo del Uruguay, que ya ha grabado varios discos buscando la integración entre la música argentina, uruguaya, paraguaya y brasileña. Está el caso sobresaliente de La comparsa, por ejemplo, hecho junto a Bocha, Larbanois-Carrero y Enrique Rodríguez Viera, que tuvo una gran circulación. Ahora nosotros también hicimos un disco donde incluimos, entre otras cosas, una nueva versión de La flor del bañado y alguna canción, incluso, como La maliciosa (texto de Bocha), que acá no se conoce. Sebastiao, por su parte, dice un texto de Osiris traducido, De Corrales a Tranqueras. Yo me sentí muy cómodo en Río Grande, por mi propia ascendencia norteña y por volver a hacer ese tipo de música. La experiencia terminó de ser maravillosa durante un acto que hicimos en un pueblito muy pequeño. Fue un gran reencuentro con Sebastiao, y pensamos seguir yendo.

Ultimamente se han vuelto a incrementar los viajes de intérpretes uruguayos a diferentes zonas de lo que Lauro Ayes-tarán llamaba el “país musical”. Y se podría agregar la buena novedad de los viajes al Paraguay.

Sí, ahora íbamos a viajar al Paraguay con Alfredo, pero el gobierno prohibió, lamentablemente, el festival de Ypacarái. Estamos yendo a Buenos Aires, estamos cantando mucho en el Scalabrini Ortiz, un boliche donde los uruguayos tenemos abierto un lugar muy importante. Ahí han estado también Larbanois-Carrero y Anibal Sampayo. A Leo Masliah le va muy bien en Buenos Aires, y sé que Lazaroff también ha esta-

do trabajando allá. Ultimamente además, han surgido las giras de Pablo Estramin y Los Peyrou, donde ya se tocan diferentes puntos —algunos muy distantes— de la Argentina.

¿Y cómo ves la proyección hacia nuestro interior?

Bueno, estamos saliendo lo más posible. Yo he estado esperando a que apareciera éste disco para empezar una gira. Tenemos propuestas para ir a Melo, a Tacuarembó, pero quiero cantar especialmente en los pueblitos, y eso es algo muy difícil de organizar. Pero, repito, mi mayor interés es ése: llegar a Tacuarembó, por ejemplo, y seguir por los pueblos chicos. Eduardo y Mario ya lo están haciendo, y vamos a ver si podemos organizar algo con ellos. Tenemos que llegar allí, donde hay serios problemas culturales. Yo, personalmente, estuve muchos años fuera del país y censurado. No hay discos míos en ninguno de esos lados, pero tampoco de otros compañeros que se quedaron acá. No hay ni casas de discos, a veces. Entonces, en ese caso la única forma que tenemos de cantarle a nuestro pueblo es yendo hasta él. Y así lo están haciendo Pablo Estramin, Los Peyrou y otros compañeros que se mueven en ese sentido. El problema es que a otra gente no le interesa ir porque desde el punto de vista económico, lógicamente, la cosa es muy mala. Nosotros, a pesar de que vivimos de esto, decidimos hacerlo porque el problema cultural nos parece de vital importancia. ¿Y sabés lo que es la experiencia de volver a encontrarse con el paisanaje?